

ALGUNAS PARTICULARIDADES DEL REVISIONISMO PRO-SOVIÉTICO CONTEMPORÁNEO. 1978 (*)

La descomposición creciente de la sociedad burguesa y la restauración capitalista en una serie de países socialistas, entre ellos la URSS, han determinado una serie de nuevos rasgos en el revisionismo contemporáneo. Dichas modificaciones no cambian la esencia del revisionismo, en tanto «castración burguesa de las verdades marxistas», realizada con el objetivo de defender el sistema de explotación, como lo definiera Lenin. El papel esencial de los revisionistas, de sirvientes de la dominación burguesa, sigue en plena vigencia, pues su tarea principal continua siendo la de impedir la revolución y preservar el Estado burgués. Más aún, sus rasgos actuales hacen al revisionismo un movimiento político e ideológico aún más abiertamente reaccionario y peligroso que en el pasado.

Sin embargo, el ascenso de las luchas del proletariado en la época de la agonía del capitalismo; los avances del movimiento de liberación contra la opresión imperialista; las crisis cada vez más profundas y sostenidas del sistema capitalista; así como el control del Poder por parte de los revisionistas en una serie de países que fueron socialistas, entre ellos una de las super-potencias actuales, han determinado que el revisionismo en el mundo capitalista deje de contentarse con las migajas que le ofrecen los sectores dominantes. Hoy por hoy, los cabecillas revisionistas en cada país capitalista aspiran a controlar el Poder y para ello levantan un modelo de sociedad de explotación, que pretenden hacer pasar por socialismo. Este modelo no es otro que el tipo de sociedad de explotación al que, por degeneración del socialismo, han llegado países como la URSS y los países de Europa oriental dependientes de ella. Es decir, un capitalismo de Estado, basado en la dictadura de una burguesía burocrática, que tiene su base de sustentación económica en el control estatal de los principales medios de producción. Ese Estado, por su parte, en lugar de ser instrumento de la dictadura del proletariado, lo es de la dictadura de dicha burguesía burocrática.

En la época analizada por Lenin y la III Internacional Comunista, no existían una serie de países donde los revisionistas hubieran usurpando el Poder y la putrefacción del mundo capitalista no era tan intensa como en la actualidad. Por aquel entonces la fuente exclusiva de la que se generaba el revisionismo era la corrupción promovida entre ciertos sectores de la aristocracia obrera y sectores pequeño-burgueses infiltrados en los partidos obreros, por la burguesía que realizaba elevados beneficios de la explotación colonial. Dichos sectores revisionistas, agentes abiertos o encubiertos de la burguesía, valiéndose de los medios que ésta le proporcionaba, engañaban a sectores relativamente amplios del proletariado y del pueblo difundiendo el reformismo, el chovinismo, el economicismo, el parlamentarismo y otras deformaciones oportunistas. Su papel en esencia, consistía en propiciar meras reformas, frenando la lucha de clases para mantenerla a un nivel aceptable y controlable por la burguesía, impidiendo

que el proletariado a la cabeza del pueblo avanzara hacia la destrucción del Estado burgués e implantación de la dictadura del proletariado. «El oportunismo de nuestros días, personificado por su principal representante, el ex-marxista C. Kautsky, escribe Lenin en 1917 en «El Estado y la Revolución», cae de lleno dentro de la característica de la posición *burguesa* que traza Marx y que hemos citado, pues este oportunismo circunscribe el terreno del reconocimiento de la lucha de clases al terreno de las relaciones burguesas. (Y dentro de este terreno, dentro de este marco, ningún liberal culto se negaría a reconocer 'en principio' la lucha de clases!). El oportunismo *no extiende* el reconocimiento de la lucha de clases precisamente a lo más fundamental, el periodo de *transición* del capitalismo al comunismo, al periodo de *derrocamiento* de la burguesía y de completa *destrucción* de ésta».

La política de la burguesía destinada a oprimir y a explotar al proletariado y a otros sectores populares, ha revestido tradicionalmente dos formas básicas ligadas entre sí, aunque en determinados periodos predomina una u otra de ellas: el dulce y el látigo, es decir, el engaño y la represión abierta. Los revisionistas cumplían (y cumplen aunque con ciertos matices de diferencia) el papel de agentes de la burguesía infiltrados en las filas del proletariado y del pueblo, para la aplicación de estas políticas. En los periodos de estabilidad o de auge económico (y por ende político) de la burguesía, ésta utiliza de preferencia el método del engaño y otorga ciertas concesiones secundarias, ciertas reformas, para facilitar la labor de sus agentes revisionistas destinada a frenar el ímpetu revolucionario de las masas y apartarlas del camino de la destrucción del Estado burgués. En tales periodos (cada vez menos frecuentes por la intensificación y profundización de la crisis capitalista), los revisionistas logran camuflarse mejor y su engaño sobre las masas es más eficaz. En los periodos de crisis, en cambio, de agudización de la lucha de clases y de las pugnas inter-imperialistas, la burguesía emplea de preferencia la represión para contener a las masas y reduce las concesiones y reformas a un mínimo. En tales periodos los revisionistas se desenmascaran como agentes abiertos de la burguesía y su capacidad de engaño se reduce drásticamente. «Los actuales acontecimientos, expresa Lenin en 1915 en su obra: «¿Y ahora qué?», han demostrado exactamente el hecho de que, por un lado, las condiciones objetivas para una guerra imperialista (es decir, una guerra que corresponde a la más alta y última etapa del capitalismo) están maduras; que, por otro lado, décadas de una así llamada época pacífica han dejado *un montón* de desperdicios oportunistas y pequeño-burgueses *dentro* de los partidos socialistas de todos los países europeos. Hace unos quince años, desde la famosa 'bernsteniada' en Alemania -en muchos países aún antes- el problema de los elementos oportunistas, *extraños*, dentro de los partidos proletarios se puso al orden del día. Es raro encontrar a un marxista notable que no haya reconocido muchas veces y en distintas ocasiones que los oportunistas constituyen un elemento no proletario verdaderamente hostil a la revolución socialista. El desarrollo relativamente rápido de este elemento social durante los últimos años es un hecho indudable: los funcionarios de los sindicatos legales de trabajadores, los parlamentarios y los otros intelectuales que cómoda y plácidamente se arreglan en los movimientos de masas legales, algunos grupos de obreros, empleados de oficina, mejor pagados, etc, etc. La guerra ha demostrado claramente que en una crisis (y la era imperialista será inevitablemente una era de diversas crisis) una masa sustancial de oportunistas, apoyados y, a menudo, dirigidos directamente por la burguesía (¡esto es de particular importancia!) se pasa al campo de ésta, traiciona al socialismo, daña la causa de los obreros, la arruina. En toda crisis, la burguesía ayuda siempre a los oportunistas, reprime siempre al sector revolucionario del proletariado, sin retroceder ante nada,

empleando las medidas *militares* más ilegales y crueles. Los oportunistas son enemigos burgueses de la revolución proletaria. En épocas pacíficas realizan su trabajo burgués enmascarados, encontrando refugio dentro de los partidos obreros; en tiempos de crisis aparecen *inmediatamente* como abiertos aliados de *toda* la burguesía unida, desde su sector conservador hasta el más radical y democrático, desde los librepensadores hasta los sectores religioso y clerical».

Tenemos, pues, que para Lenin, la posibilidad del revisionismo de servir a la burguesía reside en su capacidad de camuflarse, de engañar y que esta posibilidad se restringe cuando debido a la crisis son obligados a ponerse en evidencia y a salir abiertamente en defensa de la burguesía. Demás está decir, pues, que en la medida en que se profundiza la putrefacción y la crisis del sistema capitalista, los revisionistas deben utilizar métodos más sutiles y encubiertos para cumplir su papel. El propio desarrollo del revisionismo en gran escala a fines del siglo XIX, corresponde a una situación en que la burguesía, debido al desarrollo del proletariado y a la difusión del marxismo, no es capaz ya de defender abiertamente el liberalismo y el capitalismo y debe recurrir al reformismo, como «hoja de parra» para ocultar sus lacras.

En su obra: «El reformismo en el seno de la socialdemocracia rusa», escrito por Lenin en 1911, éste señala al respecto: «El enorme progreso del capitalismo en el curso de los últimos decenios y el rápido incremento del movimiento obrero en todos los países civilizados, han traído consigo un gran cambio en la posición que antes asumía la burguesía frente al proletariado. En lugar de acudir a la lucha abierta, directa y basada en principios contra las tesis fundamentales del socialismo, en nombre de la absoluta intangibilidad de la propiedad privada y de la libre competencia, la burguesía de Europa y de América, representada por sus ideólogos y hombres políticos, acude, cada vez con más frecuencia, a la defensa de las llamadas reformas sociales, oponiéndolas a la idea de la revolución social. No se trata ya de liberalismo contra socialismo, sino de reformismo contra revolución socialista; esta es la fórmula de la burguesía instruida y 'avanzada' de nuestros días. Y cuanto más elevado es el nivel de desarrollo del capitalismo en un país, cuanto más refinado es el dominio de la burguesía, cuanto mayores son las libertades políticas, tanto más amplio es el terreno para la aplicación de la 'novísima' consigna burguesa: reformas *contra* revolución, remiendos parciales del régimen que sucumbe a fin de debilitar y dividir a la clase obrera, a fin de mantener el Poder de la burguesía *contra* el derrocamiento revolucionario de este Poder.

Desde el punto de vista del desarrollo universal del socialismo no se puede dejar de percibir un gran paso adelante en dicho viraje. Al principio, el socialismo luchaba por su existencia y contra él se hallaba una burguesía plena de fe en sus fuerzas, que defendía con valor y consecuentemente el liberalismo como sistema armónico de conceptos económicos y políticos. El socialismo ha crecido, ha conquistado en todo el mundo civilizado su derecho a la existencia y ahora lucha ya *por el Poder*, mientras la burguesía en descomposición, al ver su inevitable ruina, pone en tensión todas sus fuerzas a fin de aplazar su muerte y conservar su Poder también en las nuevas circunstancias, valiéndose de concesiones a medias hipócritas».

Y concluye: «La exacerbación de la lucha del reformismo contra la socialdemocracia revolucionaria *dentro de* las filas del movimiento obrero constituye el resultado, absolutamente inevitable, de los mencionados cambios operados en

todas las condiciones económicas y políticas de todos los países civilizados del mundo».

No obstante, en aquella época, debido al desarrollo de la clase obrera y de un auténtico movimiento socialista inspirado en el marxismo-leninismo, si bien la burguesía sirviéndose del revisionismo, se ve obligada a oponer reformismo a socialismo en lugar de liberalismo a socialismo, dicho reformismo continúa siendo chato y sin perspectiva a largo plazo; continúa propiciando remiendos a la sociedad burguesa, sin ofrecer un modelo de sociedad bien definido como alternativa. Los revisionistas, como lo señalara Lenin, continúan siendo «enfermeras del capitalismo», contentándose con promover pequeñas reformas. Caracterizando la tendencia del revisionismo en esta época, Lenin escribe en su obra: «Otra vez sobre el Ministerio de la Duma»: «Repetimos: éste es el razonamiento básico, típico de todos los oportunistas del mundo. ¿A qué conclusión lleva inevitablemente este razonamiento? A la conclusión de que no hace falta ninguna clase de programa revolucionario, de partido revolucionario, de tácticas revolucionarias. Las *reformas* son necesarias y eso es todo. La socialdemocracia revolucionaria no es necesaria. Es necesario un partido de reforma democrática y socialista. ¿Verdaderamente no está claro que *siempre* habrá gente en el mundo que sienta lo insatisfactorio de las cosas como son? Por cierto, siempre.

¿No es igualmente claro que la *más pequeña* corrección de esta situación insatisfactoria será *siempre patrocinada por la más grande* cantidad de gente insatisfecha? Por cierto, siempre. Esto significa que es tarea nuestra, tarea de la gente avanzada y 'consciente', apoyar *siempre las más pequeñas* demandas de corrección del mal. Esta es la más segura, las más práctica tarea y toda clase de charlas de algo como demandas 'fundamentales', etc., son charlas de 'utopistas', sólo 'frases revolucionarias'. *Uno debe hacer una elección* y uno debe hacer siempre una elección entre el mal existente y el más pequeño de los proyectos corrientes para su corrección». Y en «El Estado y la Revolución», Lenin señala: «El pensamiento de Kautsky no va más allá de 'un gobierno dispuesto a hacer concesiones al proletariado', lo que significa un paso atrás hacia el filisteísmo, en comparación con el año 1847, en el que el Manifiesto Comunista proclamaba la 'organización del proletariado en clase dominante'».

Estas tendencias oportunistas de corte meramente reformista de la sociedad burguesa, ajenas a un modelo «coherente» en apariencia distinto a ella, tienen éxito en el período relativamente «pacífico» que va de 1871 a 1914. En este año, la agudización de la crisis capitalista conduce a la Primera Guerra mundial inter-imperialista por el reparto del mundo. Dicha guerra, unida al desarrollo del movimiento marxista-leninista, tiene la virtud de desenmascarar por completo el papel de sirvientes de la burguesía de los líderes revisionistas de la II Internacional. Pese a que en los Congresos celebrados por la II Internacional en Copenhague en 1910 y en Basilea en 1912, habían adoptado la resolución de oponerse en el Parlamento a los créditos de guerra reclamados por la burguesía de cada país imperialista, los votan favorablemente en 1914 cuando sus naciones entran en guerra. De este modo, los «reformadores» de la sociedad burguesa se mostraron abiertamente como lacayos de SU burguesía en cada país y la II Internacional se derrumbó absolutamente desacreditada.

Lenin aprovecha esta circunstancia para reafirmar la tesis que desde siempre venía planteando respecto al revisionismo: la necesidad de combatirlo implacablemente y de deslindar campos orgánicamente por completo con él. En

1915, en su obra: «La bancarrota de la II Internacional», sostiene: «El tránsito a la organización revolucionaria es una necesidad, lo exige el cambio de la situación histórica, lo reclama la época de las acciones revolucionarias del proletariado; pero este tránsito sólo es posible si se realiza *pasando por encima* de los antiguos líderes, estranguladores de la energía revolucionaria, *pasando por encima* del viejo partido, destruyéndolo». Por aquel entonces, Lenin, impulsa diversas conferencias auténticamente internacionalistas y se esfuerza, tanto por promover la formación de verdaderos partidos comunistas como por agruparlos en oposición al chovinismo y reformismo de los partidos de la II Internacional.

Esta formación de los partidos comunistas fieles al marxismo-leninismo, recibe un gigantesco impulso debido al triunfo en Rusia de la Revolución de Octubre y al debilitamiento en que queda la burguesía como consecuencia de la guerra mundial imperialista. En marzo de 1919, diversos partidos comunistas reunidos en Moscú, crean la III Internacional Comunista. Una lucha frontal se inicia por parte de los partidos comunistas contra el desacreditado revisionismo en todos los terrenos: ideológico, político, sindical, parlamentario, etc. Frente al reformismo sin perspectiva, aparte de la superioridad de su ideología, los partidos comunistas, tienen un modelo concreto de sociedad que ofrecer: la URSS. El reformismo se bate en retirada en todos los frentes.

La burguesía, ante la embestida revolucionaria; frente a la intensificación de la crisis y de la descomposición de su sistema; ante el auge del movimiento de liberación en las colonias y países dependientes, movimiento en que el proletariado, paso a paso, comienza a asumir un papel dirigente, ligándolo a la lucha por el socialismo, intensifica su ofensiva demagógica en algunos lugares y en otros impone el fascismo para frenar la revolución. En el plano demagógico, incluso presenta como «socialistas» ciertos gobiernos burgueses que promueven la estatización de algunas empresas no rentables en manos privadas; e incorpora a algunos «socialistas» a sus gabinetes, donde, en opinión de Lenin, «demuestran ser un ornamento inútil o una pantalla para el gobierno burgués, un pararrayos para desviar de ese gobierno la indignación popular, un instrumento de ese gobierno para engañar a las masas». Al mismo tiempo redobla su ofensiva destinada a corromper a los partidos comunistas y sus agresiones contra la URSS, el primer país socialista en el mundo.

Los regímenes fascistas, junto con su ferocidad contra el pueblo, fomentan su espíritu chovinista aprovechando la situación desventajosa en que quedaron después de la Primera Guerra mundial y se desata la Segunda Guerra mundial. Ella va acompañada de una agresión de los países fascistas, encabezados por la burguesía monopolista más reaccionaria y con ambiciones de dominación mundial, contra la URSS. Esta se ve obligada a aliarse con algunas potencias imperialistas rivales (aunque por diferentes razones) del Eje fascista, para hacer frente a su brutal agresión. Esta alianza necesaria, así como la necesidad por parte del Movimiento Comunista Internacional de forjar en cada país un Frente Unido anti-fascista, aún con sectores de la burguesía, le ofrece e ésta una excelente oportunidad para intensificar exitosamente su ofensiva por fomentar tendencias revisionistas en los partidos comunistas. Para no citar más que un ejemplo: la mayor parte de los partidos comunistas de América Latina caen durante la guerra en tendencias conciliadoras respecto al imperialismo norteamericano, siguiendo las orientaciones anti-marxistas del Secretario General del Partido Comunista de Estados Unidos, Browder. Al mismo tiempo, permiten en muchos casos que los sectores burgueses asuman la dirección en los Frentes Unidos anti-fascistas, haciendo abandono de la dirección proletaria. Diversas

tendencias oportunistas surgidas en esta época y no sólo en América Latina, perduran después de la guerra. En la post-guerra, la burguesía internacional combina la represión en los años de Guerra Fría, con los esfuerzos de corrupción a dirigentes habituados durante la guerra a una serie de prebendas obtenidas dentro de la democracia burguesa; o bien, al anhelo de obtener dicha democracia a cualquier precio en los países sometidos al fascismo. Es así, como diversas tendencias oportunistas perduran y se fortalecen después de terminada la guerra.

Al mismo tiempo, la burguesía internacional, continúa después de la Segunda Guerra mundial sus esfuerzos por minar la construcción del socialismo en la URSS y en los países donde el proletariado había conquistado el Poder después de la guerra. El titoísmo juega un importante papel como peón del imperialismo, en sus esfuerzos por subvertir y corromper el sistema socialista desde dentro. Por diversas razones que no estamos en condiciones de analizar aquí, dichas tendencias se desarrollan en la mayor parte de los países socialistas. En la URSS, a partir del XX Congreso del PCUS, después de la muerte del camarada Stalin, se hace abandono por completo del marxismo-leninismo y se levantan tesis revisionistas, como línea para el Movimiento Comunista Internacional. Con la excepción de Albania y China, que rechazan dicha línea revisionista formulada inicialmente por Jruschov, todos los otros países la hacen suya, así como la casi totalidad de los partidos comunistas del mundo. La inmensa mayoría de los dirigentes de estos partidos, ya corrompidos, se pliegan a la línea oportunista y logran arrastrar tras ellos a la mayor parte de los militantes. En oposición a esta corrupción de los viejos partidos comunistas y a esta contra-corriente revisionista surgen, aunque sin la influencia de masas que logra conservar el revisionismo, nuevos partidos comunistas fieles al marxismo-leninismo. En los países socialistas donde se impone la línea de Jruschov y, por cierto, en la propia URSS, comienza un proceso de restauración del capitalismo.

Sin embargo, los países imperialistas, que habían hecho alegres cuentas de sus éxitos en la corrupción de los partidos comunistas y en sus planes de minar por dentro la construcción del socialismo, se ven abocados a un grave problema. En la post-guerra, mientras perduró la construcción del socialismo en la URSS y en las Democracias Populares de Europa oriental, se desarrolló allí poderosamente la economía, llegando a ser la URSS una de las primeras potencias del mundo. Por otra parte, el prestigio ganado por la URSS en su lucha contra el fascismo durante la guerra era inmenso. Así mismo, los partidos comunistas en el mundo habían ganado una vasta influencia de masas. La represión que se inició en la post-guerra contra ellos en una serie de países no logró destruirlos y el intento de cerco contra la URSS y de chantaje atómico durante la «guerra fría» fracasaron. Muy pronto la URSS rompió el cerco de las armas atómicas y fue el primer país en lanzar un satélite artificial, mostrando ante el mundo entero su avance tecnológico. De modo que, cuando «dio sus frutos» la implantación del revisionismo en la URSS y los partidos comunistas fueron arrastrados también a abiertas posiciones oportunistas, dicho país, unido a los países de Europa oriental dominados por la URSS, constituían un formidable bloque rival de aquel que hegemonizaba el imperialismo norteamericano. No sólo tenían aquellos países, por ciertos rasgos adquiridos en el periodo de construcción del socialismo, un ritmo de crecimiento superior a los países capitalistas, sino que, el social-imperialismo no estaba aún desprestigiado como EE.UU. Contaban, además, con el apoyo de poderosos partidos revisionistas en una serie de países capitalistas. Las concesiones que debe realizarles la burguesía en tanto son un freno a la revolución, refuerzan aún más su influencia. Por una parte, se nutren de las

fuerzas pequeño-burguesas inclinadas por su ideología al oportunismo y, por otra, aprovechan el prestigio conquistado por la URSS en los tiempos de Lenin y Stalin, logrando engañar así a vastos sectores populares.

El poderío del movimiento revisionista en la post-guerra, unido a la política hegemónica del social-imperialismo, que se transforma aceleradamente en una super-potencia, así como la crisis creciente del mundo capitalista, con algunos de los factores que determinan ciertos cambios en el rol de los revisionistas en la época actual, respecto al pasado. Objetivamente, como hemos señalado, en tanto freno a la revolución y defensores del Estado burgués, continúan en esencia siendo agentes de la burguesía dominante, en la oposición de ésta al proletariado y al pueblo. Sin embargo, se modifica considerablemente el papel de meros instrumentos de la dominación burguesa tradicional, que cumplían en la pre-guerra. En la actualidad, los dirigentes revisionistas pro-soviéticos, no aspiran a ser meros agentes de la burguesía dominante a cambio de algunas migajas como en la época de Lenin, *sino a transformarse ellos mismos en burguesía dominante*. Para ello, necesitan desplazar del Poder y apropiarse de los medios de producción del sector clave de la economía en manos de ciertos sectores burgueses. Por lo general, se proponen lograrlo en alianza con otros sectores de la burguesía y sin salirse de los marcos del Estado burgués. Presentan para ello, un proyecto político más coherente que el mero reformismo disperso del pasado y un modelo de sociedad pseudo-socialista inspirado en el capitalismo de Estado implantado en los ex-países socialistas, para engañar a las masas. No es que los revisionistas no formularan antes ciertos programas políticos acordes con su concepción oportunista. Pero, su estrecha dependencia en aquel entonces de la burguesía; su debilidad frente a la dominación burguesa; la carencia de un modelo concreto de sociedad, que ofrecer; y, la falta del apoyo de un centro importante de Poder (como el que les proporciona ahora el social-imperialismo), los hacia limitarse, como lo señala Lenin, a promover meros remiendos a la sociedad burguesa, para terminar en las épocas de crisis identificándose abiertamente con la política de la burguesía.

Recordemos, en efecto, que antes de la Segunda Guerra mundial, la base social del revisionismo se reduce tan sólo a las limosnas que les dispensan a sus líderes los sectores burgueses enriquecidos por el dominio colonial. Lenin, caracterizando esta situación, señala en 1915 en su Informe a la «Conferencia de las secciones del P.O.S.D.R. en el extranjero, lo siguiente sobre la base económica del revisionismo: «El derrumbe de la II Internacional, es el derrumbe del oportunismo socialista, el cual ha crecido como producto de la anterior época 'pacífica' en el desarrollo del movimiento obrero.

Esta época enseñó a la clase obrera a utilizar medios de lucha tan importantes como el parlamentarismo y todas las posibilidades legales para crear organizaciones de masas económicas y políticas, una prensa obrera ampliamente divulgada, etc.; por otro lado, esta época creó una tendencia a negar la lucha de clases y a predicar la paz social, a negar la revolución socialista, a negar en principio las organizaciones ilegales, a reconocer el patriotismo burgués, etc. Ciertas capas de la clase obrera (la burocracia del movimiento obrero y la aristocracia obrera, quienes recibieron de la burguesía migajas de las ganancias obtenidas con la explotación de las colonias y de la posición privilegiada de su 'patria' en el mercado mundial), así como los compañeros de ruta pequeño-burgueses dentro de los partidos socialistas se han mostrado como el principal soporte social de estas tendencias y como los conductores de la influencia burguesa en el proletariado». Por su parte, haciendo un balance del surgimiento

del oportunismo, Lenin expresa en el II Congreso de la Internacional Comunista: «Aquí debemos preguntar: Cómo se explica la firmeza de tales corrientes en Europa? ¿Y por qué este oportunismo es más fuerte en Europa occidental que en nuestro país? Porque los países obtienen mucho más de lo que hubiesen sido capaces de obtener en forma de ganancias provenientes del robo a los obreros de sus países.

Antes de la guerra se calculaba que los tres países más ricos - Gran Bretaña, Francia y Alemania - obtenían sólo de la exportación de capital sin contar otros ingresos, ganancias de ocho mil a diez mil millones de francos por año. No hace falta decir, concluye, que de esta considerable cantidad es posible arrojar aunque sea 500 millones como limosna a los dirigentes obreros, a la aristocracia obrera, con el objeto de sobornarlos de diversas maneras. Todo el asunto se reduce precisamente al soborno. Este se hace de mil maneras diferentes: elevando la cultura en los más grandes centros, creando instituciones docentes, creando miles de trabajos suaves para los dirigentes de las sociedades cooperativas, para los líderes tradeudionistas y para los líderes parlamentarios. Esto se realiza donde quiera que existan relaciones capitalistas modernas, civilizadas. Y estos miles de millones de super-provechos constituyen la base económica sobre la cuál descansa el oportunismo en el movimiento obrero».

Muchas de estas dádivas de la burguesía siguen fluyendo hacia el revisionismo contemporáneo, pues ante la bancarrota de la anterior corriente oportunista, la burguesía no puede prescindir del todo de él. Sin embargo, el revisionismo pro-soviético, en función del poderío que alcanza por las razones señaladas y de su capacidad de engañar a vastos sectores de masa, desarrolla también recursos propios y cuenta, sobre todo, *con el multifacético apoyo del social-imperialismo ruso*, que en al medida en que se transforma en super-potencia necesita de su concurso para abrir paso a sus planes de dominación mundial. Este último, en especial, es un factor enteramente nuevo por lo que respecta al sostén del revisionismo actual. El social-imperialismo necesita de gobiernos que abran paso a su dominación, desplazando a aquellos sectores en los que se apoya la otra super-potencia: el imperialismo norteamericano. En este terreno, aunque no exclusivamente y no sin ciertas contradicciones, el social-imperialismo necesita de la complicidad de los partidos revisionistas, así como éstos de aquel para sus nuevos planes.

Estas nuevas características de la situación actual, ha dotado al movimiento revisionista en el mundo capitalista, de una mayor audacia en sus planes que en el pasado, en consonancia con su mayor fuerza. Los círculos dirigentes del revisionismo, en especial en aquellos países capitalistas en que aspiran a desplazar del Poder y de su base económica a poderosos sectores burgueses tradicionales, si bien son un dique para impedir que el proletariado los derroque, representan especialmente a las capas burguesas con las que aspiran a aliarse para cumplir su cometido y, por otra, sus propios intereses independientes en tanto aspirantes a transformarse en gran burguesía a través del capitalismo de Estado, así como los del social-imperialismo en el que se apoyan para sus planes. En función de los intereses burgueses que representan y de sus propios intereses, pueden entrar (y han entrado de hecho en ciertos países) en contradicción con la alta burguesía social-imperialista, de cuyo sostén, por otra parte, necesitan para abrirse paso al Poder. A menudo, además, algunas de esas contradicciones del revisionismo en el mundo capitalista con los círculos dirigentes de la URSS y de otros países de Europa oriental bajo su dependencia, se explican por razones tácticas y es difícil precisar hasta que punto esas «discrepancias» son reales o

consentidas por los líderes soviéticos para facilitar sus maniobras. En efecto, dado que el carácter ferozmente represivo de los sectores dominantes en la URSS y países pseudo-socialistas de Europa, son conocidos y repudiados por vastos sectores en occidente, los revisionistas (en particular los de Europa donde este repudio es más ostensible), se ven obligados demagógicamente a condenarlos en ese aspecto. Y puesto que la propaganda burguesa señala a tales regímenes como «socialistas» y como una aplicación del «marxismo», se ven también por ello (entre otras razones) impedidos a abjurar cada vez más de las tesis básicas del marxismo. La razón esencial, claro está, de su abjuración del marxismo, deriva de la imposibilidad de conciliar esta teoría revolucionaria con sus proyectos reaccionarios de implantar un nuevo sistema de explotación disfrazado de socialismo. En este último aspecto es significativo, que sus «condenaciones» a los países donde dominan los revisionistas, se refieren siempre a sus violaciones de la libertad y de los derechos democrático-burgueses y jamás a la feroz explotación existente en dichos países, en función de la cual, precisamente, se oprime al pueblo. Por otra parte, la necesidad de los revisionistas en el mundo capitalista (en especial en Europa) de ganar ciertos aliados burgueses para erradicar a los más poderosos, así como la necesidad de regular su táctica en función de su capacidad de desafío de la dominación norteamericana los mueve, a menudo, a aceptar formas de dominación imperialista (como la OTAN y el Mercado Común, por ejemplo), en cierta oposición con los intereses hegemónicos del social-imperialismo. En otras ocasiones, sin embargo, (como parece ser el caso de Chile antes del golpe de Estado, de Portugal después del derrumbe del fascismo y, talvez, de Francia en la última elección presidencial), es el propio social-imperialismo quien les reclama avanzar con mayor cautela y aún retroceder en la materialización de sus proyectos, en función de sus planes estratégicos globales y de su capacidad de sostener económica y militarmente el desplazamiento de poderosos intereses imperialistas norteamericanos y locales. En la apreciación del revisionismo contemporáneo, por lo tanto, hay que evitar tanto el error de considerarlos como en el pasado como meros agentes de la burguesía local, ignorando sus fuertes lazos con el social-imperialismo y los cambios que han tenido lugar en el papel que cumplen en la sociedad burguesa; como el simplismo absurdo de considerarlos como simples agentes o «quinta columna» del social-imperialismo, que impide poner de manifiesto los intereses y proyectos reaccionarios que encarnan en cada país, de modo de salírles al paso.

Los nuevos rasgos del revisionismo contemporáneo (al que llamamos pro-soviético para identificarlo del dominante en China que, como veremos, tiene a su vez rasgos particulares), a la vez sirviente de la burguesía y aspirante a reemplazarla como clase explotadora y dominante, han determinado que actualmente sus contradicciones con aquellos sectores burgueses que aspira a desplazar del Poder y de su control sobre medios claves de producción, sea muchísimo más aguda que en el pasado. Antes, se trataba sólo de una pugna por ciertas reformas (pugna a menudo más ficticia que real), concedidas frecuentemente de buen grado por la burguesía para facilitar su papel de «castradores de la energía revolucionaria». En la actualidad, en cambio, los revisionistas sirviéndose de su redoblada capacidad de engaño de las masas (por los factores ya señalados) y en función de los apetitos hegemónicos del social-imperialismo, presionan intensamente por desplazar, económica y políticamente, poderosos sectores burgueses, así como a monopolios de la super-potencia rival a la URSS, en los países del mundo capitalista llamado occidental. Allí donde los intereses de la burguesía dominante y la penetración del imperialismo norteamericano (y de otros aliados a ése) son relativamente débiles e inestables, como es el caso de África, por ejemplo, ponen en práctica

procedimientos más directos y agresivos para obtener sus objetivos: golpes de Estado, intervención militar, etc. La propia debilidad del revisionismo local en dichos países africanos, determina que el factor externo, es decir, la presencia del social-imperialismo y de mercenarios a su servicio como los que moviliza el gobierno cubano, jueguen un papel decisivo. En otras regiones, en cambio, donde se da una poderosa presencia del imperialismo norteamericano, como en América Latina, por ejemplo; unida, como es el caso de Europa occidental, a una poderosa burguesía monopolista local, los revisionistas pro-soviéticos persiguen sus objetivos (por ahora) de un modo indirecto. Es decir, ensayan de dividir a la burguesía y de aliarse a un sector de ella (en especial el sector que posa de reformista y tiene fuerte influencia de masas), para erradicar a ciertos sectores monopolistas (del Poder y de la economía) y meter mano en los sectores controlados por el imperialismo yanqui.

Sin considerar estos nuevos rasgos del revisionismo en la época actual y la agudización de sus contradicciones con el sector burgués que aspiran a desplazar, resulta imposible comprender lo sucedido en ciertos países, como en Chile por ejemplo. Allí el revisionismo, aliado con otras fuerzas integradas a la llamada Unidad Popular, en la que aquel jugaba un papel hegemónico, logró conquistar a través de elecciones el gobierno. El Poder, sin embargo, permaneció en manos de los sectores monopolistas de la burguesía, de los terratenientes y del imperialismo norteamericano, que controlaban instrumentos decisivos del Estado, tales como: las Fuerzas Armadas, el Parlamento, un importante sector administrativo, los tribunales de justicia, así como los principales medios de producción, publicitarios, etc. El revisionismo, antes y durante el gobierno de la Unidad Popular (en oposición a algunos de sus aliados), intentó incorporar a la Democracia Cristiana, a su proyecto tendiente a erradicar de su propiedad sobre medios básicos de producción a sectores monopolistas de la burguesía, latifundistas y monopolios norteamericanos instalados en Chile. Este partido (el más grande del país), con vasta influencia de masas, incluso en los sectores obreros y campesinos, representa en su dirección a ciertos sectores burgueses (en especial no monopolistas), así como a los sectores monopolistas más dinámicos del imperialismo yanqui, representados en particular por el Partido Demócrata. Debido a las presiones del imperialismo y a la hábil política de los sectores monopolista y terrateniente de la burguesía, el revisionismo fracasó en sus intentos de forjar un «compromiso histórico» con la Democracia Cristiana, alianza reclamada desde hace mucho con insistencia por los soviéticos, y ésta se puso cada vez más del lado de las fuerzas más reaccionarias. El gobierno de la Unidad Popular, por su parte, en cumplimiento del propio programa inspirado por el P«C» revisionista y pese a los denodados esfuerzos de éste (en vista del fracaso de su alianza con la DC) por negociar dicho programa, aplicó un avanzado conjunto de reformas, estatizando bancos, monopolios industriales, empresas imperialistas y expropiando gran parte de los latifundios. Las contradicciones entre quienes se esforzaban por ampliar el capitalismo de Estado y los monopolios yanquis, internos y terratenientes, se hicieron extremadamente agudas. La política central del revisionismo fue de impedir toda respuesta revolucionaria de las masas a la ofensiva reaccionaria tendiente a derribar el gobierno de Allende, al mismo tiempo, que se esforzaba con desesperación por obtener un compromiso con la DC. Finalmente, el gobierno allendista fue derribado a través de un sangriento golpe de Estado militar y una feroz represión fascista se desencadenó sobre las masas populares y los militantes de la izquierda tradicional y revolucionaria. Existe, como lo demuestra lo ocurrido en toda América Latina y no sólo en nuestro país, la necesidad cada vez más frecuente de la burguesía de recurrir al fascismo para

enfrentar las luchas de masas que escapan al control revisionista, así como los planes de estos últimos de utilizar la legalidad burguesa para desplazarlos del poder y privarlos de sus medios de producción. Está probado que el revisionismo, prefiere la implantación del fascismo, a que las masas, bajo dirección revolucionaria, le hagan frente. La democracia burguesa, aprovechada en la actualidad por el revisionismo para sus propios planes reaccionarios y no sólo para hacer demagogia al servicio de la burguesía, se hace cada vez más inestable, transitoria y condicionada.

Esta contradicción enmarcada también en la pugna entre ambas super-potencias, facilita la demagogia del revisionismo entre las masas. Muchos sectores de masas, en efecto, son inducidos a pensar que el capitalismo de Estado que ofrecen los revisionistas como perspectiva poli-tica, es realmente el socialismo. Por otra parte, la tenaz y agresiva resistencia que oponen a ese proyecto de reformas (en especial cuando hay posibilidades reales de aplicarlo) los sectores afectados, en general los más reaccionarios y odiados por el pueblo, refuerzan ese engaño y tienden a prestigiar al revisionismo que, claro está, oculta celosamente sus intenciones de ocupar la plaza de los viejos explotadores, así como de abrir paso a la dominación o ingerencia del social-imperialismo en reemplazo o en concomitancia con la otra super-potencia. Esta confusión creada entre las masas populares por la aguda pugna del imperialismo yanqui y de las fuerzas más reaccionarias de Chile, contra el revisionismo y sus aliados en el gobierno, contribuyó en nuestro país en alto grado a mantener la ilusión de las masas en dichas fuerzas y a frenar su incorporación a una real alternativa revolucionaria.

Al mismo tiempo, la promoción de su proyecto de capitalismo de Estado disfrazado de socialismo (que muestran como factible en los países pseudo-socialistas, en diverso grado según las reservas de la opinión pública respecto a lo que pasa allí realmente), les ofrece a los revisionistas la posibilidad de realizar una demagogia más activa que en el pasado, en el que jugaban el papel casi exclusivo de sirvientes de los intereses burgueses en plaza, promoviendo tan sólo algunas reformas para mantener su prestigio entre las masas. Dichas reformas en el pasado, en que la dependencia del revisionismo respecto a la burguesía dominante era mucho mayor y sus contradicciones con ella más restringidas que en la actualidad, estaban necesariamente limitadas en lo fundamental a las necesidades e intereses de la burguesía y excluían toda contradicción seria con ella. En la actualidad, por las razones ya explicadas; esas contradicciones (que llegan a ser antagónicas en ciertos momentos), aunque se dan en el marco de las contradicciones inter-burguesas y no son en beneficio del pueblo sino del revisionismo, de ciertos sectores burgueses y del social-imperialismo, revisten una forma mucho más aguda y les proporciona a los revisionistas un campo de maniobras demagógico mucho más amplio entre las masas.

Por otra parte, el revisionismo en la actualidad, dada la influencia y la fuerza demagógica que ha alcanzado y el sustancial apoyo de una de las super-potencia (y de los países dependientes de ella), y dado su propósito de presionar en los marcos de la sociedad burguesa por la materialización de su proyecto político, actúa en muchos lugares con todos los poderosos medios de los partidos burgueses: propaganda millonaria y en gran escala, miles de funcionarios, oficinas y locales, etc. Esto le permite reforzar aún más su demagogia, poniendo al servicio de ella y de su lucha contra las ideas revolucionarias, los más poderosos medios proporcionados por la técnica moderna para influir sobre la opinión pública: prensa, radio, televisión, encuestas, etc. Se sirve, además, activamente de todos estos medios para promover a sus filas un reclutamiento indiscriminado y al

margen, por cierto, de toda ideología revolucionaria, basado en el arrivismo, en el economicismo y en el engaño.

Finalmente, el proyecto reaccionario que promueve en la actualidad el revisionismo, de cambiar el actual sistema de explotación por otro en el que ellos puedan jugar un papel político y económico dominante, ha contribuido a acentuar su oposición a todos los principios revolucionarios del marxismo, así como su apoyo aún más abierto a las instituciones y leyes que sirven de fundamento a la sociedad burguesa. Ya no sólo se oponen a la revolución y defienden los pilares de la sociedad burguesa en tanto lacayos de segundo orden de la burguesía, sino en función de sus propios planes reaccionarios. Deben aprovechar su influencia demagógica sobre las masas, sus alianzas con determinados sectores burgueses y pequeño-burgueses, así como el sostén del social-imperialismo, para desplazar poderosos intereses burgueses y controlados por el imperialismo norteamericano. No obstante -ante todo y por sobre todo- deben impedir que el pueblo combata por destruir el Estado burgués y por hacer la revolución bajo la dirección del proletariado y de su partido de vanguardia.

Eso, constituye una amenaza mucho más seria contra sus propósitos de imponer al pueblo un nuevo sistema de explotación y de opresión disfrazado de socialismo, que el propio fascismo que promueven en defensa de sus intereses los sectores burgueses amenazados por su capitalismo de Estado y atemorizados de que las masas aprovechen esa contradicción para levantarse en aras de sus intereses independientes. Esto fue particularmente evidente en el caso de Chile durante la ofensiva reaccionaria destinada a derribar a la Unidad Popular del gobierno. Allí el revisionismo se jugó a fondo (como lo hizo también en mayo del 68 en Francia y como lo ha hecho en tantos otros lugares), por impedir toda movilización revolucionaria de las masas, no vacilando en reprimirlas cada vez que estuvo en condiciones de hacerlo, así como a los sectores revolucionarios que encabezaban esas luchas. Ante el desarrollo de la ofensiva ultra-reaccionaria contra Allende, sólo realizó esfuerzos por dividir a la burguesía, por conciliar con sus sectores más agresivos así como con el imperialismo yanqui y por ganarse a un sector de las Fuerzas Armadas, todo ello mientras se oponía tenazmente a toda movilización popular. Incluso, facilitó el desarme de los pocos sectores políticos que contaban con algunas armas y la intimidación brutal de las masas, dotando a las Fuerzas Armadas de una ley que las autorizaba a realizar drásticos allanamientos en industrias y poblaciones obreras para castigar a quienes poseyeran armas, ley que fue aprobada por unanimidad de los partidos de oposición y gobierno en el Parlamento y que de hecho sirvió a los militares para preparar prácticamente el golpe de Estado. Por último, después de una sostenida campaña de alabanzas y de promoción a altos cargos de los jefes golpistas de la Fuerzas Armadas con el ánimo de sobornarlas, y al no poder impedir el golpe de ese modo, los revisionistas llamaron públicamente por radio y televisión en el mismo día en que se desencadenaba, a través de su máximo dirigente en la Central Única de Trabajadores, a no resistirlo y a someterse a las nuevas autoridades fascistas. Después del golpe de Estado, consecuentes con la misma política, los revisionistas se han opuesto a toda resistencia tendiente a derrocar a la Junta fascista y buscando el apoyo de militares, de la Democracia Cristiana y hasta del imperialismo norteamericano, sobre la base de comprometerse a impedir toda manifestación de la indignación popular contra los crímenes de la dictadura, postulan tan sólo la sustitución de ésta por militares «menos fascistas», que abran paso, poco a poco, a un retorno a los gobiernos civiles reaccionarios del pasado, con las fuerzas represivas intactas «detrás del trono».

Toda la intensificación de la prédica anti-marxista del revisionismo en nuestros días, su abandono público de tesis marxistas que antes simulaban al menos aceptar, deriva de su necesidad (ya no sólo en apoyo de la burguesía tradicional, sino de su propio proyecto de transformarse en burguesía burocrática) de oponerse por todos los medios a la revolución. Es evidente que la desenfrenada demagogia que deben realizar para abrir paso a sus objetivos; la agudización de la lucha de clases que genera su pugna con determinados sectores burgueses e imperialistas (a los que el pueblo también combate aunque por otras razones); el surgimiento en oposición al revisionismo de auténticos partidos marxista-leninistas; la ingerencia de las super-potencias en esta pugna, todo ello, unido a la crisis general del sistema capitalista, genera un serio riesgo para sus proyectos y para el sistema capitalista mismo. El riesgo de que las masas escapen de su control y, bajo dirección revolucionaria, sepulten el capitalismo junto con sus sueños de transformarse en explotadores. Por ello, están obligados a abrir paso a sus planes desterrando toda influencia revolucionaria y defendiendo al máximo las leyes e instituciones básicas del Estado burgués, que permiten frenar la lucha popular revolucionaria, en tanto ellos maniobran para ocupar una plaza dominante como explotadores. De este modo resulta que la burguesía, que no acepta, por cierto, ser cocinada en la propia salsa de sus instituciones y leyes, se ve obligada a renunciar a ellas promoviendo la fascistización creciente del Estado o la implantación abierta del fascismo.

El meollo de esta política revisionista de -ante todo y por sobre todo- frenar la revolución, se expresa en su defensa de la tesis anti-marxista de una «vía pacífica al poder». Esta tesis oportunista, en esencia, significa prohibir al pueblo hacer la revolución destruyendo el aparato estatal burgués, que los revisionistas anhelan tomar pacíficamente por dentro. Toda la hipocresía de la formulación revisionista de la «vía pacífica al poder» y la demostración patente de que está destinada sólo a frenar a las masas populares, se advierte claramente en el hecho de que los círculos dirigentes revisionistas no trepidan en utilizar la violencia armada cuando es necesario para obtener sus objetivos, siempre que no se trate del pueblo en armas. Es así, como no trepidaron en intervenir con sus tropas en Checoslovaquia; en utilizar mercenarios cubanos y de otra especie en África; en promover golpes de Estado, allí donde consiguen sobornar a una parte de las Fuerzas Armadas reaccionarias; en promover guerras locales, etc. A nombre de la «vía pacífica al poder», como lo demostraron en Chile, no sólo postulan un camino sin salida para el pueblo, sino que, se oponen y reprimen *activamente* a quienes se niegan a seguirlo, aún a costa de abrir paso al fascismo y con ello, a la represión de sus aliados y de sus propios militantes. Si en los comienzos del revisionismo hubo oportunistas honestos, que efectivamente creyeron en la posibilidad de llegar al socialismo a través de los mecanismos legales de la sociedad burguesa y a través de reformas; si aún pueden existir ingenuos de esta especie en sectores influidos por la mentalidad pequeño-burguesa y hasta en sectores de base engañados por los dirigentes revisionistas, éstos últimos no adoptan esas posiciones oportunistas debido a errores en su concepción de marxismo, sino como una estrategia plenamente consciente y coherente con sus proyectos reaccionarios. Quienes, por lo tanto, consideran los puntos de vista revisionistas al respecto como «errores» en su comprensión del marxismo y pretenden convencerlos de su «equivocación», pierden su tiempo y están condenados al fracaso. Tal estrategia es plenamente acorde con los objetivos reaccionarios que se proponen alcanzar y sólo está destinada a prohibir el pueblo tomar las armas. Cuando les es dado servirse de sus propias Fuerzas Armadas revisionistas, de

mercenarios o de las Fuerzas Armadas burguesas puestas a su servicio para sus fines, echan de inmediato al olvido la «vía pacífica» y lo hacen sin vacilaciones.

Los esfuerzos del revisionismo por servirse de las masas, de su engaño sobre ellas, como contingente electoral o como elemento de presión para abrir paso a sus planes reaccionarios, impidiendo, al mismo tiempo, que escapen de su control y marchen por un camino revolucionario, ha intensificado las deformaciones burocráticas que siempre ha tenido su conducción de masas. Más que nunca, tienden a colocar todo poder de decisión en manos de los burócratas revisionistas y a frenar toda iniciativa (sobre todo las iniciativas de lucha) por parte de las masas populares; a sofocar toda expresión verdaderamente democrática en el seno de las organizaciones de masas. En Chile, luego de promover en vísperas de la elección presidencial que dio la Presidencia de la República a Allende la formación de miles de comités de masas, que fueron utilizados tan sólo con fines electorales, se apresuraron a disolverlos una vez conquistado el gobierno. Incluso, se opusieron, sistemáticamente, a todas las iniciativas propuestas por Allende de realizar plebiscitos de carácter nacional, en los momentos de más popularidad de su gobierno, para obtener la aprobación de puntos del programa saboteados por la mayoría parlamentaria de oposición. Ello habría contribuido a «agitar» a las masas y habría dificultado sus proyectos de entendimiento con la Democracia Cristiana.

Esta tendencia burocrática se expresa también en el seno de los propios partidos revisionistas, donde se ha suprimido toda democracia interna, todo derecho a debatir a fondo los problemas ideológicos y políticos y los militantes son manipulados por un cuerpo de burócratas a sueldo de los dirigentes revisionistas, quienes imponen sus decisiones. Esta política, tiene por objetivo, no sólo impedir al máximo que las masas o los militantes escapen a la conducción de los dirigentes revisionistas, sino, el crear las condiciones adecuadas para su proyecto de sociedad, en la cual un cuerpo de burócratas que controlan el Poder estatal y la producción en manos del Estado, impondrán su dictadura sobre las masas, reprimiendo brutalmente todo intento de éstas de rebelarse.

En el movimiento sindical y de masas en general, los revisionistas, continúan en la actualidad promoviendo las tendencias espontáneas de tipo economicista y promoviendo algunas reformas ante la burguesía, para mantener su ascendiente sobre las masas. Sin embargo, concentran más esfuerzos que en el pasado, en las movilizaciones de tipo electoral y frecuentemente postergan (en especial en periodos pre-electorales) las demandas de las masas, transformándolas en promesas demagógicas para cuando sean elegidos sus candidatos.

Frente a estas características analizadas, que corresponden básicamente al revisionismo pro-soviético, en el que se ligan los anhelos expansionistas del social-imperialismo con los proyectos reaccionarios actuales de la corriente anti-marxista que se apoderó de los viejos partidos comunistas, la línea revisionista promovida por los dirigentes chinos con siniestros propósitos chovinistas y hegemónicas, resulta mucho más burda e ingenua. No han renunciado por partes (como los revisionistas pro-soviéticos) a las principales tesis del marxismo, sino que, han inventado una «teoría» (la tristemente célebre ya «teoría» de los «tres mundos»), en oposición total al marxismo. Por otra parte, ni siquiera promueven un proyecto de falso socialismo como los otros revisionistas en los países capitalistas y dependientes. Al carecer de toda base de sustentación política «seria» pseudo-marxista en los países capitalistas y dependientes, pues sólo cuentan con mini-grupos aislados, buscan aliarse con cualquiera fuerza reaccionaria: militares fascistas, reyezuelos feudales, círculos monopolistas y hasta con el imperialismo

norteamericano, a fin de ampliar su esfera de influencias e intereses y transformarse en super-potencia. Para obtener esta influencia, no sólo sacrifican al pueblo chino que debe pagar los aportes económicos que sus gobernantes realizan a las fuerzas más reaccionarias, sino que, negocian su alianza con dichas fuerzas reaccionarias a cambio de comprometerse a frenar la lucha de liberación de los pueblos oprimidos y la revolución en los países capitalistas. Habiendo llegado con retardo a la repartición de esferas de influencia en el mundo, dominado por poderosos intereses monopolistas y, en particular, por ambas super-potencias, no han trepidado en aliarse abiertamente con el imperialismo norteamericano y con los grupos monopolistas aliados a éste, a fin de obtener «un lugar bajo el sol» de la hegemonía imperialista, sobre la base de desplazar a la super-potencia social-imperialista. En función de estos planes expansionistas, ligados a su proyecto de restauración acelerada del capitalismo en China, los revisionistas chinos, han sobornado a pequeños grupos de pseudo-marxistas que, en oposición abierta a sus pueblos, sólo cumplen el triste papel de portavoces de la línea internacional hegemónica de los cabecillas chinos. Sus puntos de vista son tan anti-marxistas, que cabría preguntarse si es legítimo siquiera calificarlos de revisionistas, tan sólo porque continúan invocando de nombre el marxismo.

Pensamos que es de gran importancia para el desarrollo del movimiento marxista-leninista, debatir las características que ha asumido el movimiento revisionista en nuestra época. De un conocimiento preciso del adversario: de sus planes y de sus métodos de acción así como de sus argumentos demagógicos, lograremos una mayor eficacia en nuestra lucha contra ellos. Una de las dificultades al vasto desarrollo de los partidos comunistas marxista-leninistas y de su influencia de masas, deriva de la fuerza demagógica y del sostén internacional en el pseudo-socialismo, con que cuenta en la actualidad el revisionismo contemporáneo pro-soviético.

Para hacer frente a nuestra tarea revolucionaria, debemos, en primer lugar, reforzar nuestra lucha ideológica en defensa del marxismo-leninismo, no sólo abandonado cada vez más abiertamente por los revisionistas, sino, criticado con redoblada fuerza por la burguesía tradicional sobre la base de presentar lo que ocurre en los países pseudo-socialistas como una «aplicación del marxismo» y no como lo que es: una traición al marxismo. En este aspecto, el ejemplo de Albania socialista, es precioso para todos los auténticos marxistas, como ejemplo victorioso de construcción del socialismo, acorde con el marxismo-leninismo.

En oposición a los partidos revisionistas, transformados ya por completo en partidos social-demócratas burgueses, debemos desarrollar con ímpetu nuestros partidos con una sólida ideología y moral revolucionarias, capaces de integrar el marxismo-leninismo a las condiciones objetivas concretas de la lucha de clases en su país y en el mundo. Debemos forjar partidos combativos, disciplinados y aptos para la lucha legal e ilegal, plenamente conscientes de su misión central de conducir al proletariado y, a través de la dirección de éste, a las grandes masas populares a su liberación y, por lo mismo, partidos profundamente enraizados en las masas. Partidos, claramente diferentes de los partidos revisionistas, que reclutan indiscriminadamente sobre la base del arrivismo sin principios y que manipulan y engañan a las masas con los mismos procedimientos que los otros partidos burgueses.

Debemos ser capaces de desenmascarar tanto el papel de sirvientes de la burguesía de los revisionistas, como el carácter reaccionario de su falso proyecto de socialismo. Capaces de mostrar que la degeneración de las sociedades donde

han usurpado el poder los revisionistas se debe, no al fracaso del marxismo-leninismo, sino, por el contrario, a la traición en su contra de los revisionistas, refutando tanto a éstos como a los reaccionarios tradicionales, que presentan eso como socialismo.

Debemos ser capaces de mostrar ante las masas los rasgos distintivos de la auténtica sociedad socialista respecto del capitalismo de Estado disfrazado de socialismo; y de la dictadura del proletariado verdadera, respecto a las dictaduras fascistas que ejercen los revisionistas. Mostrar en particular que la dictadura del proletariado se ejerce contra una minoría de explotadores y garantiza una amplia democracia para el pueblo, una democracia no sólo formal, sino una democracia en que las masas toman progresivamente en sus manos los asuntos del Estado y disponen de amplios derechos democráticos no sólo en el papel como en ciertas sociedades burguesas, sino con los medios para materializarlos.

Debemos mostrar que en el auténtico socialismo, el partido dirigente obtiene su fuerza, no de un control burocrático de los órganos del Estado, ni de su imposición represiva sobre el pueblo, como en el revisionismo, sino de su capacidad reconocida por el proletariado y el pueblo, de orientarlos eficazmente en función de sus intereses y de educarlos para que los tomen en sus propias manos. Para decirlo con las palabras de Lenin: «La vanguardia del proletariado, el Partido Comunista, dirige a las masas de obreros sin partido, instruye, prepara, enseña y educa a las masas (la 'escuela' del comunismo), primero a los obreros y luego a los campesinos, a fin de que puedan concentrar y concentren en sus manos toda la administración del conjunto de la economía nacional». Y en otro lugar: «Y lo que es importante para nosotros es enrollar a todos los trabajadores, todos sin excepción, en la administración del Estado. Esta es una tarea tremendamente difícil. Pero el socialismo no puede ser establecido por una minoría, un partido. Puede ser establecido por decenas de millones de personas cuando éstas han aprendido cómo hacer las cosas por sí mismas». Es decir, una sociedad socialista en la que se lucha activamente contra las tendencias burocráticas heredadas de la vieja sociedad o surgidas en el propio socialismo, fuentes del resurgimiento del revisionismo.

Debemos mostrar una sociedad socialista, en que el partido de vanguardia no sólo orienta y educa a las masas, sino que, aprende de ellas, sistematizando sus experiencias desde un punto de vista marxista, pues como señala Lenin: «Sólo la experiencia colectiva, sólo la experiencia de millones, puede darnos una guía decisiva a este respecto (se refiere a la construcción socialista); porque, para nuestra causa, para la construcción del socialismo, la experiencia de los cientos y cientos de miles que constituyen la capa superior que ha hecho la historia hasta ahora en la sociedad terrateniente y en la sociedad capitalista, es insuficiente. No podemos proseguir por este camino precisamente porque confiamos en la experiencia común, en la experiencia de millones de trabajadores». Tenemos que mostrar, así mismo, un socialismo en que el partido de vanguardia no pretende «fortalecerse» transformando en «propiedad privada» del partido los conocimientos y otras condiciones que lo hacen ser la vanguardia, sino que, elevar progresivamente a las masas al nivel de la vanguardia, a su identificación con ella, de modo que junto con aplicar con firmeza, a través del Estado de dictadura del proletariado, la represión contra los enemigos internos y externos, a fin de terminar con las clases sociales y con los restos del derecho burgués, va creando, al mismo tiempo, progresivamente, las condiciones para que en la futura sociedad comunista sin clases sociales, se extinga el Estado, como plantean los clásicos del marxismo, y sea innecesaria ya la existencia misma de un partido de vanguardia.

Lenin señala: «Nosotros nos asignamos como objetivo final la supresión del Estado, es decir de toda violencia organizada y sistemática, de toda violencia ejercida sobre los hombres, en general. Nosotros no esperamos el advenimiento de un orden social donde el principio de la sumisión de la minoría a la mayoría no sería observado. Pero, aspirando al socialismo, nosotros estamos convencidos que en su evolución el arribará al comunismo y que, por consecuencia, desaparecerá toda necesidad de recurrir en general a la violencia contra los hombres, toda necesidad de *la sumisión* de un hombre a otro, de una parte de la población a otra; pues los hombres se *habituarán a* observar las condiciones elementales de la vida en sociedad, *sin violencia y sin sumisión*».

Hoy más que nunca, para enfrentar la compleja situación actual, tenemos que levantar muy en alto la bandera del marxismo-leninismo y contra todas las tergiversaciones revisionistas y burguesas, mostrar los luminosos rasgos de la sociedad socialista y comunista que plantearan los clásicos del socialismo científico. Tenemos la absoluta certeza que los revisionistas de todo pelaje serán derrotados y su influencia nefasta erradicada por nosotros, los marxista-leninistas, de las filas del proletariado y del pueblo, condición esencial para conducir a los explotados a su liberación definitiva.

Primera Edición: 1978

Edición Digital preparada por: Archivo Revolucionario Comunista. Junio 2005. Chile.

Fuente: Causa ML, N°26, Enero-Febrero-Marzo, 1979 (Págs. 18-22) [Revista político-teórica del PCR de Chile].

Digitalizado y corregido por: D.E.P.

() Este documento fue presentado por el Partido Comunista Revolucionario de Chile en la sesión científica sobre «Problemas del Desarrollo del Mundo Contemporáneo» que se realizó en Tirana, del 2 al 4 de octubre de 1978, organizada por el Instituto de Estudios Marxista-leninistas adjunto al Comité Central del Partido del Trabajo de Albania.*



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:

<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos

autores, a quiénes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata](#)..

© CEME web productions 2003 -2008 